

—Pues bueno; si hay ya gente en la iglesia, que espere; primero es la obligacion que la devocion, y en esta casa ya sabes que estoy hecha un azacan, todo cae sobre mí, y en realidad, con mis sesenta navidades, no puedo con tanto peso. La limpieza de la casa, la cocina, el lavado y la plancha, todo está á mi cargo, y al cabo y al fin somos seis de familia.

—Algo te ayudan las rapazas.

—Sí; mucho me ayudan, á embrollar todo lo que hago: siempre están leyendo en sus libracos, y luego que aquí nadie tiene consideracion conmigo; todo ha de estar servido al minuto y bien, y una mujer sola no puede con tanto, esa es la verdad.

—¿Y á qué viene ahora toda esa sarta de reconvenciones? ¿Se puede saber?

—Sí, señor: viene á que Casilda ha de hacerlo todo. Ya se lo he dicho mas de una vez al Sr. D. Diego; pero maldito el caso que hace. ¡Cuántas veces le he dicho, busque V. una mujer que me ayude, aunque no sea mas que para fregar y limpiar, porque yo no puedo con tanto. Pero, ¡qué si quieres!... lo mismo que si hablará con la pared; coje la escopeta, llama al perro, baja la cabeza y se larga al campo, donde está dias y dias. Verdad es que de algun tiempo á esta parte anda triste y taciturno, sin que acertemos con la causa. Tú siempre pidiéndome parches para tu dichosa herida, mas vieja que Triana, y mas agarrada que el Machota.

—No me toques, Casilda, á la herida.

—Dios me libre de tocarla.

—Es una herida gloriosa, pero de tristes recuerdos; pues aunque mandé á la eternidad al maldito indio que me la causó, dándole muerte con su misma partisana; lo que es la parte en que me hirió puedo asegurar que no volvió á ser parte sana.

—Eso es: tú siempre con tus chafaditas y tonterías; pero volviendo á mi cuento, y pasando lista á todos los de esta casa, no digo nada de María, de esa huérfana que siquiera por lo que come y el buen trato que se la da en esta casa, debia ayudarme, en vez de coger los zorros, ó la escoba, ó la aguja, ó la plancha, se pasa todo el dia en el jardin mondando plan-

tas, escarbando tiestos, plantando cebollas ó meneando la regadera.

—No faltes á la verdad, Casilda, que aunque es cierto que María gusta mucho de las flores y lo entiende grandemente, no lo es menos que casi todas las horas del día las pasa llorando como una Magdalena, y mas de cuatro veces la he sorprendido yo sentada en ese patio contemplando la luna como una persona que es víctima de un gran pesar.

—Sí; se queda, en efecto, mirando la luna, como si por allí esperara alguna cosa buena, es toda una chica romántica: se emboba como una tonta, y á veces ni siquiera oye lo que se le dice. Esa chica, que de niña era tan lista y tan precoz, no sé qué diablos la ha dado, que cada día está mas parada, y cualquiera diría que se vuelve una estúpida.

—Eso consiste, dijo Gaspar, en que María tiene un corazón muy bello, un alma muy sensible, y no puede ver con indiferencia los desdenes de su padre adoptivo: acuérdate que si antes la quería tanto como á Luisita, su hija, que la ponía á cada paso en sus rodillas, la acariciaba, la besaba y hasta la contaba historias muy bonitas, que nosotros oíamos tambien con placer, y de algun tiempo á esta parte anda mústio y cabiloso, en sus ojos se ve que llora cuando está solo; huye de la casa con el pretexto de la escopeta; sus caricias se han acabado para estos angelitos, y el diablo que sepa lo que le ha dado. Preferiría cien veces verle espuesto á las balas enemigas, alentando á sus soldados en el campo de batalla, que para eso se pinta solo ¡voto á bríos! mejor que verle tan abatido y triste. ¡Qué se yo, Casilda! Cuando á cierta edad enferma el corazón, pocas veces tiene cura.

—Bueno; pero eso no se opone á que la chica se haya vuelto fastidiosa é insufrible.

—Me parece, Casilda, que eres muy injusta con María, y eso que debías quererla como si fuera tu hija, y aun casi estoy por apostar...

—Eres un animal; ¿no te he dicho cien veces que esa niña me fué entregada para criarla, y que nunca he podido descubrir

quiénes pudieran ser sus padres? Hay misterios en el mundo que solo Dios los descubre.

—Es decir, que si algun crimen es el de María, es el de ser desgraciada.

—Mira, Gaspar, oficio es ese que no da de comer á nadie, y toda vez que en D. Diego y su esposa (Q. E. E. G.) halló caridad y cariño, justo es que pague con buena cara, ya que de otro modo no puede hacerlo. No creas que he dejado de quererla, no, porque eso no puede ser; cuando una cria á un angelito así, y le ha dado sus pechos, llega á quererle tanto como si fuera hijo suyo, y eso es cabalmente lo que me ha pasado con María. De recién nacida vino á mi poder, y conmigo, y con mi difunto Alberto, ha dividido los muchas escaseces que hemos experimentado: siempre la he visto contenta, siempre alegre y complaciente conmigo, y solo ahora es, cuando viéndola tan hurona, se me va enfriando algo el cariño: mucho me temo que algunos amores la hayan vuelto el juicio.

—No tendria nada de particular, repuso Gaspar, porque el amor dicen que vuelve locas á las personas, ¿te ha sucedido á tí eso alguna vez?

—No digas majaderías; yo ya estoy fuera de combate.

—Es que yo no digo de ahora, sino de antes. ¿Y qué tiene de particular que hallándose tan aislada la pobre María, tratase de hallar consuelo en el amor? En realidad hará muy bien, y es el único medio de alejar la tristeza. Aquí todos la desdeñan, justo es, pues, que busque quien la diga cositas amables. Diez años hace ya que vive con nosotros, y aunque en un principio debió hallarse bien, es lo cierto que de algun tiempo á esta parte vive mártir. D. Diego la dirige la palabra con un ceño... con una repugnancia tal, que á la legua se trasluce su disgusto: tú, que eres buena y caritativa con todo el mundo, con la pobre huérfana te muestras dura, intratable y exigente. Y hasta la misma Luisita se queja de tu aspereza. El otro dia compuso unas coplas muy bonitas, tituladas *¡Desdenes de una hermana!*

Esa me tiene tambien harta con sus coplas y sus cosas; no me deja un instante ni á sol ni á sombra. Unas veces... presume:

otras... vísteme: otras... cázame: otras... ¡oye estos versos! otras... explícame esto ó aquello: en fin, es un continuo vaiven que yo no puedo con él. Verdad es que la tal Luisita tiene una chispa y un aquel que es indispensable tratarla sin quererla; y aunque es mala, si las hay, pues no es fácil que haya otra mas traviesa; todo se le puede perdonar en cambio de su talento y de las ocurrencias que tiene á cada instante; por eso no es extraño que su padre esté tan chocho con ella.

Aquí llegaba el discurso de Casilda, cuando de repente se aparece Luisita, bulliciosa y retozona como siempre, alegre y pizpireta cual ninguna; era toda una mocita, graciosa é interesante; una rubita encantadora, cuyo talento y donaire prometian arrastrar con el tiempo á mas de cuatro corazones. Presentóse con una trenza caida, y dirigiéndose con desenfado á Casilda, la dijo:

—A ver, Casilda, arréglame esta trenza.

—¡Pues! dijo la vieja... ¡cómo siempre! aquí está el comodín... pues ya podias peinarte solita, y no que para todo aquí está Casilda: Casilda arriba, Casilda abajo, y Casilda no es mas que una, y no puede atender á todo. Muchas veces se lo he dicho ya á D. Diego; pero segun parece se hace el sordo. Tú que haces de él todo cuanto quieres, dile que tome una mujer que me ayude en la casa, porque si no va á dar conmigo al traste. ¿Lo harás, no es verdad?

Y á todo esto, colocada de rodillas en el suelo la bella Luisa, se dejaba arreglar la trenza, y parecia no escuchar las frases que su antigua doncella la dirigia.

—¿No oyes lo que te digo, chiquilla?

—Sí, que oigo.

—Pues vamos á ver si hablas á tu señor padre y consigues aliviarme en el trabajo.

—En mal momento quieres que le hable: ¿no has echado de ver que huye de nosotras, que ódia la sociedad, y que solo halla consuelo en el campo mortificando á la pobre caza? ¿No has notado cuán pensativo y cabizbajo anda de algun tiempo á esta parte, y hasta cuán indiferente se muestra á mis caricias? Sí; á

mis caricias, que siempre bastaron á borrar de su imaginacion cualquier idea triste. ¡Ay mujer, que me tiras!

—Pues no te menees, que tu cabeza parece un zarandillo.

—Quieta me estaré; pero despacha, porque me voy cansando de estar en esta postura y tengo mucho que escribir.

—Ya está, y escribe hasta que se acaben las plumas.

—Gracias á Dios; yo creí que no acababas; ¿por qué no has venido á mi cuarto para acabarme de peinar.

—Porque Gaspar me ha estado aquí entreteniendo.

—No hay tal, dijo Gaspar. Entre Casilda y cualquier otra persona, no hay que preguntar quien entretenia á quien. Es tan parlanchina, tan charlatana, tan amiga de ver y oler, que con ella no hay medio de meter baza. Pero á bien que es casualidad de toda vieja... no he conocido ninguna muchacha con tales mañas.

—¡Vieja! ¡Vieja! exclamó Casilda. Si señor; pero vieja que no se cambia por ninguna chiquilla de las del día, que para nada sirven.

—Vamos, Casilda, dijo el veterano; no nos amosquemos, que las chiquillas del día, con su holgazanería y su indolencia, y su ninguna disposicion, y todo cuanto quieras decir, para algo podrán servir que tú no sirvas.

—Lo que yo veo, dijo Luisa, es que siempre estais como perros y gatos, y siempre os quereis mucho; sobre todo este pobre Gaspar... ¡pobrecillo! ¡Aun me acuerdo de lo mucho que trabajó para sacarme del poder de los ladrones. ¡Pobrecillo! y á todo esto le pasaba la mano por la cara.

—Eso es, dijo Casilda; todo para él, y para mí nada.

—Envidiosilla, repuso Luisa, dándola un beso. ¿Crees, por ventura, que no te quiero tambien á tí? Pues vaya si te quiero; tampoco he olvidado lo mucho que hiciste por mi madre, que Dios tenga en la gloria; ya sé lo mucho que te queria, y claro está que queriéndote ella habré de quererte yo.

Y Casilda, con las lágrimas en los ojos, decia:

—¡Pues, si esta chica me tiene sorbidos los sesos!

—Y á mí tambien, decia Gaspar conmovido.

—¿Dónde hay cosa mas hermosa que el quererse? decia la rapazuela. ¿Dónde hay nada que se asemeje al cariño y á la amistad? Estrechar la mano de un amigo en ciertas situaciones de la vida, es recibir la bendicion del cielo. Un amigo es la esperanza, es el presente, es el porvenir, es el velo que se interpone entre el ayer y el hoy, cicatrizando la amargura de los recuerdos, y haciéndonos dulce y hasta querida la senda que vamos cruzando. Para los grandes efectos, las grandes almas, máxima que leí no recuerdo en qué libro últimamente: un ser mezquino y vulgar solo sirve para nadar en el fango.

—¡Qué bien habla esta chica! dijo Gaspar.

Y ella prosiguió:

—Un hombre sin fé social es una planta exótica sin color ni aroma, y aun á veces, si su imaginacion es aviesa y su pecho rencoroso, llega á ser una punzante zarza que se clava sin piedad en sus semejantes, no respetando derecho ni consideracion alguna. Hay en este mundo una infinidad de hechos que prueban los arranques puros de tan sagrado lazo: ejemplos hay de un amigo que se dejó encarcelar en un oscuro calabozo, viendo cerrarse quizás para siempre las puertas de la divina libertad, tan solo por dejar libre á un amigo cuyo padre yacia en el lecho mortuorio y clamaba por ver á su hijo antes de espirar.

—Tiene mucha razon Luisita, como en todo lo que dice, dijo Gaspar, y pasando revista á sus recuerdos belicosos, añadió: En una de mis campañas presencié yo un hecho que de seguro no tiene igual. En la guerra de Portugal y en la toma de Almeida, que precedió á la conquista de la colonia portuguesa, titulada del Sacramento, cuando aquella desastrosa guerra, españoles y portugueses, hermanos hasta entonces, nos batiamos sin compasion. El polvo, el humo, el silbar de las balas, el choque de los ensangrentados sables, los gritos de los jefes alentando la matanza humana, nos tenian á los pobres soldados cual máquinas descompuestas, ciegos de furia y de venganza. Cada cual se defendia como podia: uno caia muerto á impulso de tres ó cuatro enemigos que le habian atacado á un tiempo, mientras que otro, mas afortunado, ó acertaba á herir á su contrario, ó

ayudado por sus compañeros daba muerte á dos ó tres enemigos; pues bien, en medio de aquella confusion y de aquel esterinio, ví adelantarse un soldado de mi compañía, y batiéndose encarnizadamente á brazo partido con un portugués, en el momento de ir el español á sumergir el arma fatal en el pecho de su enemigo, éste lanzó un grito espantoso, diciéndole: «Luis, no me mates.» Pero ya era tarde: el pecho se hallaba atravesado. El grito y la accion se encontraron en el camino.

Entonces el homicida forzoso se inclinó sobre el cuerpo de la víctima, exclamando con dolor: «¡José! ¡Mi querido José! ¡Amigo mio!» Y viendo que no respiraba, se dirigió como un loco hácia las tropas enemigas, hallando en un segundo la muerte que anhelaba. Bastábale para ello el haber visto cadáver al amigo de su infancia, al tierno niño que creció á su lado en una misma aldea, y que se abrigó muchas veces en el mismo hogar y sobre las rodillas de su buena madre. Aquel amigo suyo era español como él, y uno de los muchos que sin reflexion y en sus primeros años, abandonan el techo paterno y su cara patria por correr en pos de una mentirosa fortuna que esperan encontrar en tierra estraña.

—Pues bien, repuso Luisa: ese rasgo prueba lo grande y sublime de este purísimo afecto, y el hecho de tu compañero es un suicidio que casi puede santificarse. Hé ahí un mártir que á nadie se le ocurre ceñir sus sienes con la corona de laurel, y que sin embargo merece la gloria y el renombre de los héroes. Pero volviendo á nuestro asunto, dí, Gaspar: ¿Y padre?

—Salió temprano.

—¿Con qué marchó sin verme? ¡Cuando digo que anda distraido y olvidadizo! No hubiera hecho eso antes, no por cierto. ¿Qué te parece?

—No quiso despertarte; pero entró en tu cuarto, y aun creo que...

—Calla babieca; pues qué ¿crees que no lo sé yo? ¿Te figuras que no le ví entrar en mi alcoba?

—¡Cómo!

—Mira: antes de entrar sentí sus pisadas; y acordándome

de que hace algunos dias que no quiere que le miren ni le hablen, le guardaba rencor, y por vengarme me fingí dormida.

—¡Oiga!

—Caballito. Me hice la dormida, y ahora verás: le dejé acercarse de puntillas, y con el rabo del ojo le ví contemplarme con semblante triste. Me miró largo rato, y bajándose pòquito á poco, imprimió un beso en mis megillas; beso arrebozado con un profundo suspiro, que á la verdad no comprendo, y en seguida volvió á salir del mismo modo que habia entrado.

—Pero al sentir el beso, ¿por qué no le llamastes?

—Qué quieres, Gaspar: te confieso que desde que anda tan taciturno y raro, su cara me mete miedo, y como no me atrevo á preguntarle qué tiene, sufro mas. No puedo ver que haya gente triste á mi lado; quisiera que todos estuviesen siempre bailando y cantando.

—Bueno; pero lo que yo veo, dijo Gaspar, es que entre las trenzas sin hacer y la charla se nos pasa el tiempo grandemente y vamos á llegar tarde al sermon. No te mires al espejo, que estás perfectamente, y tú Casilda, aviate pronto y no perdamos una palabra de ese santo varon.

—Yo pronto estoy, repuso Casilda, y al salir tomaré el manto. Ea, cuando querias podemos marchar.

Disponíanse todos tres á salir, y acordándose Luisa de María al llegar á la puerta de la calle, exclamó:

—¿Y María, no viene? ¿A dónde está?

—Que sé yo, dijo Casilda. ¿Quién sabe á dónde estará?

—Quizás esté ya en la iglesia, repuso Gaspar.

—No puede ser, dijo Casilda, porque ahora poco la ví leyendo sentada en el cenador del jardin.

—Pues no voy si ella no va, dijo Luisa.

—¿Y si tu padre estuviera esperándote en la iglesia?

—No importa: he dicho que sin ella no voy, y no voy; id á buscarla si quereis que vaya al sermon.

—Eso es, dijo Casilda; y si la señorita no tiene gana de venir, nosotros no iremos al sermon porque esta otra no quiere venir sin ella. ¡Cuando digo que son dos diablillos que traen

toda la casa revuelta! ¡Habrás visto que dos arrapiezos semejantes!

Pero Luisa, sin hacer el menor caso de la filípica de Casilda, se había sentado en una silla, y con los brazos cruzados daba suficientemente á entender que cual buena niña mimada deseaba hacer su santa voluntad.

—¿Qué hacemos? preguntaba con cachaza el veterano, mirando fijamente á Casilda.

—Que sé yo. Haremos lo que Luisa quiera, como siempre. Aguardaremos á que se le antoje á María venir por acá y á que quiera acompañarnos.

—Anda y búscala por ahí, dijo Casilda á Gaspar.

—No haré yo tal, dijo el testarudo asistente.

—Ni hay necesidad tampoco de que te incomodes, dijo Luisa con verdadera alegría: ahí viene María.

Corrió á ella, y al verla triste y cabizbaja, exclamó:

—Vaya que no parece sino que sobre todos los de esta casa ha caido una maldicion. Ya solo falta que yo tambien me contagie. ¿Estás mala, querida hermana?

—No, dijo María.

—¿Vendrás con nosotros al sermón?

—No habia hecho ánimo.

—Pues si tú no vas, yo no voy tampoco. Ya se lo he dicho á estos, y pueden marcharse cuando quieran. Aquí nos quedaremos nosotras.

—¿Con que es decir que no vienes con nosotros?... dijo Casilda.

—Ni con vosotros ni con nadie, á no ser con esta.

—Pues yo tengo órden del amo, dijo Casilda á Luisa, de no separarme de tí, y así no me muevo de aquí.

—Puedes irte porque en seguida vamos nosotras, y allí nos reuniremos todos.

—Pues para eso vayamos desde luego juntos. Yo no puedo permitir que las niñas vayan solas. ¡Bueno estaria eso! ¡Y que luego lo supiera el amo y cayera como una furia sobre mí! Ya he dicho que no lo permito. Yo aquí represento la persona del

Sr. D. Diego de Mendoza, y nadie será capaz de hacerme retroceder ni una pulgada en mi obligacion.

Pero como Luisa conocia lo fácil que era vencer la voluntad de Casilda, por enfurruñada que se mostrara, la dejó desahogarse á su sabor, dándose al propio tiempo toda la importancia con que la revestian las atribuciones que su amo la confiriera, y despues de un buen rato, con toda la melosidad de la mas refinada zalamería, se aproximó á Casilda y la dijo:

—¿Tan torpe eres, Casilda mia, que no has comprendido que nos estorbas?

—¿Qué quiere decir eso?

—Eso quiere decir en buen castellano, que te marches al sermon ó donde quieras, con tal que nos dejes solas á María y á mí, porque tenemos que hablar.

—Pues no me voy.

—No es posible que tú, tan amable siempre conmigo, te muestres en esta ocasion tan dura é inflexible.

—Ya sabes lo poco que me gustan esos secretillos y esas morondangas.

—Son cosas que no debes oir.

—Pues yo no sé qué cosas haya que yo no pueda y deba oir.

—Son cosas particulares, muy importantes, y que tal vez refluyan en beneficio tuyo.

—No, me engañas.

—Si yo no quiero engañarte: mira os vais delante, y con eso nos guardais asiento en un banco.

—Ni por esas.

—Pues mira lo que haces: ó nos dejas aquí solas, ó esta noche al acostarme no hay beso, y además no vuelvo á hablarte en quince dias.

—Si así te pones... y tan exigente estás...

—Y si me complaces marchándote, habrá otro besito ahora mismo.

—Hará de mí el arrapiezo cuanto quiera, dijo Casilda; y aproximándose á Luisa para recibir el beso prometido, esta la coje de un brazo y la dice:

—Te le daré en la calle; con eso veré que efectivamente te vas.

—¡Desconfiada!

Casilda llegaba efectivamente á la puerta de la calle, y al pisar el dintel, la graciosa Luisita la dió el beso prometido; orgullosa en su interior de haber conseguido ahuyentarla de allí, lo cual al principio no parecia muy fácil. Pero ¿qué poder no tiene la juventud, unida á la gracia, al talento y al cariño? Casilda, como ya saben nuestros lectores, no era tan solo una criada antigua en casa de D. Diego, lo cual por sí solo bastaba en aquel tiempo para recomendarla: era la nodriza de María y la que cuidó de Luisa desde que nació. Tenia, pues, sobre ella ese ascendiente inesplicable que sobre nosotros tienen todos los criados antiguos; pero al propio tiempo poseía para con ella ese afecto que subyuga y ese cariño que obliga á un servidor á hacer cuanto se le antoja al señorito.

—Ea, dijo Casilda á Gaspar, al verle parado en medio de la habitacion y como esperando el desenlace de aquella escena. ¡Ea! ¿Qué haces ahí plantado? ¿No oyes que quiere que nos vayamos? Pues ya puedes echar á andar... Y tú, María, cuida de que venga pronto á la iglesia esa chiquilla.

—Está bien.

Y Luisa añadió dándola otro beso:

—Reza por mí diez *Salves*, y toma otro beso porque eres buena.

—¡Zalamera!

Luego que se hubieron marchado los dos antiguos servidores, quedaron mirándose ambas hermanas; pero á decir verdad, Luisa era la que con mayor fijeza é interés contemplaba las facciones de María, quien por su parte permanecia muda y con la vista baja, á pesar de que para ella no pasaba desapercibida la escrutadora mirada de su hermana.

Permanecieron así algunos momentos, hasta que rompiendo por último Luisa el silencio, exclamó:

—Escucha, María: Deseaba con ansiedad estar á solas contigo, pues ya es tiempo que hablemos de cierta cosa. No de hoy,

sino de mucho tiempo atrás, he notado que huyes de todos, y lo que es mas, de mí, que tanto te quiero.

—Por Dios, Luisa, no digas esas cosas, que laceran mi corazon.

—Déjame hablar y no me interrumpas, que no tardaré en probarte si son mis palabras las que mas laceran tu corazon, ó mas bien otra cosa. Al verte apartada del trato de todos los de casa, al ver que el fastidio, el disgusto y la desazon te siguen por todas partes; que buscas la soledad y al momento te cansas de ella; que tu pecho suspira y tus ojos divagan por el espacio, ya antes de ahora te pregunté la causa de tanta alteracion. Y como siempre que te he hecho estas preguntas, tu contestacion ha sido, como en este momento, callar y bajar los ojos, ha llegado el momento en que exijo de tí mas franqueza, mas expansion, y por tanto, que me digas clarito, muy clarito, qué causa es la que te aflige: hoy vas á contarme qué es lo que te pasa.

—Querida Luisa, dijo María: Eres todavía muy niña para saber ciertas cosas, y sobre todo para querer leer en mi pecho. Misterios hay en este mundo que solo la edad nos revela, que solo el tiempo, rompiendo el velo con que hasta entonces se vieron cubiertos nuestros ojos, nos los patentiza, y con tales atractivos que nos ilusionan. Repito que no lo entenderias.

—Puede ser que sí, dijo la traviesa Luisa con cierto aire de gravedad que agraciaba mas y mas sus interesantes facciones; pues has de tener presente que tengo ya quince años.

—No es fácil. Para juzgar de un dolor, querida Luisa, es preciso experimentar ese mismo dolor.

—No lo creo así. Y sino, ¿en qué consiste que viendo llorar á un cualquiera por la muerte de un amigo ó pariente suyo, por ejemplo, nos enternecemos y llegamos á participar de su afliccion, á pesar de que ni conocimos ni tratamos á aquel amigo ó pariente? Ya ves, querida mia, que puedes depositar en mi pecho tu afliccion, segura de que la comprenderé y de que tal vez pueda aliviarte. He leído no sé en qué libro, que la amistad es un lenitivo que cura la melancolía, el hastío, el tédio, la indiferencia y hasta la desesperacion.

—Tan cierto es eso, añadió María, que si el proscrito hallase un amigo en los lejanos horizontes de su patria, no moriria de dolor, tendiendo los brazos desoladamente hácia aquellos objetos queridos que en su triste aislamiento piensa no ver mas. Si el suicida tuviera un amigo, no dispararia contra sí el arma fatal que le condena.

—Pues bien, dijo Luisa: si eso es así; si desde nuestra infancia nos sentimos inclinados hácia tan delicado sentimiento, que con el tiempo llega á ser el móvil de nuestros hechos y el único bien de nuestra existencia; si el verdadero amigo ha menester de infinidad de virtudes que rara vez se ven en una sola persona, es decir, que ha de ser franco, sincero, leal, noble, sensible, grande, superior, y capaz del sacrificio y de la abnegacion mas lata, ¿por qué tú, que eres mi verdadera amiga, puesto que te doy el título de hermana, no has de demostrar todas esas prendas confiándome tu secreto?

—Nada tengo que confiarte: esta tristeza que notas en mí es hija de mi carácter y nada mas.

—Comprendo que ocultes lo que sientas; pero lo que no comprendo, María, es que te atrevas á mentir, y para que lo sepas, estoy al cabo de la calle y *ce* por *be* me atrevo á decirte todo lo que sientes. Tú tienes mas edad que yo, pero soy menos cándida que tú.

—Vamos que para ser tan niña no eres poco maliciosa.

—Maliciosa ó no, si eres franca me dirás si me equivoqué. Veo que has comprendido lo que en mí llamas malicia, y hasta sabes que he puesto el dedo en la llaga. Escucha: la naturaleza te ha dotado de una porcion de sentimientos cuya actividad debe ejercitarse sobre algun objeto: tienes veinte años; edad la mas á propósito para las agitaciones del amor, y mientras no poseas el objeto que amas, ó mientras no cuentes por lo menos con la posibilidad de poseerle, no cesará la inquietud que te atormenta. No te ruborices por lo que te digo, porque el amor es el resorte del corazon, así como el calor lo es del cuerpo: amar es cumplir con los deseos de la naturaleza; en una palabra, es satisfacer una necesidad.

Quiero pintarte tu vida; tú me dirás si he acertado, y vive Dios que si eres franca, como creo que lo serás, no me volverás á llamar maliciosa, sino mas bien muchacha que, aunque jóven, comprende el corazon humano, ó por lo menos el de una amiga á quien tanto quiero.

—¡Gracias! dijo María, estrechando á su hermana; ¿pero no quieres que vayamos á la iglesia?

—No: quiero que me oigas; quiero que no olvides la cuestion, y quiero oir de tu boca que tengo razon; que he sabido leer en tus ojos, y que me hallo en el caso de interpretar debidamente esa impaciencia de que te hallas poseida.

—A tú papá le sucede otro tanto; huye, como yo, de la sociedad; busca el silencio del campo; suspira y está molesto, y sin embargo, ¿por qué no te se ocurre decir que está tambien enamorado?

—Es muy distinto, y á pesar de todo, te prometo que luego que haya acabado contigo, estudiaré igualmente la causa que pueda ocasionarle tamaño desvío, y aun si mis fuerzas llegan á tanto, curarle esa enfermedad. Concretémonos ahora á tu personita, y no me interrumpas, porque por poco me haces perder el hilo de mi discurso. Por supuesto que para haber descubierto tu secreto, no queriendo tú en manera alguna revelármelo, fuerza me ha sido valerme de mis buenas mañas; es decir, que yo no voy ahora á hablar, como vulgarmente se dice, al buen tun tun, sino á sentar un hecho cierto, incontestable, y basado en las muchas observaciones que sobre tí llevó hechas. ¿Serás franca conmigo? ¿Me concederás, al menos en esta ocasion, el don de adivinanza?

—Te lo prometo, porque cada dia te veo mas juiciosa, y en estado, no diré yo de escucharme y de comprenderme, sino en el de poder darme un consejo.

—No tanto, amiguita, no tanto; que yo miro esas cuestiones como un juguete, y contemplo al amor como una cosa entretenida y nada mas; mientras que tú pierdes tu tranquilidad y tu salud, cual si se tratase de una grande influencia. Voy á proseguir mis supuestos vaticinios. Digo que te he observado mucho,

y así es la verdad: apenas abres tus ojos por la mañana, lo primero que haces, es soltar un profundo suspiro... no me lo niegues... porque lo he visto cien veces. Te vistes, y en compañía de Casilda, os vais á misa; pero vuelves triste y llorosa, circunstancia que no me negarás tampoco, porque en tus ojos se retrata, y fuera preciso ser ciega para no verlo. Prosigues todo el dia triste y llorosa, y aun muchos de ellos se acrecenta en tí ese estado: bajas al huerto, donde, sin duda, estás mas á tu gusto, si atendemos á las largas horas que allí pasas; pero no por eso estás mas tranquila. ¡Cuántas y cuántas veces te he visto cubrir tus ojos con el pañuelo! ¡Cuántas te he sorprendido en la mas profunda meditacion! Mucho gustas de las flores; pero ellas no te prestan el consuelo que necesitas: si alguien te llama, contestas toda asustada; si alguien te mira, te espantas. Antes saliamos juntas á todas partes; lo mismo á paseo, que á la iglesia; lo mismo á visitas, que al jardin; éramos inseparables, hasta que ese maldito amor nos ha dividido, nos ha separado, privándome á mí, por lo menos, de un gran consuelo.

— ¡Qué buena eres, Luisa mia!

— Déjate de eso, y prosigue escuchando: si hay fiesta, te quedas en casa, y si baile, haces otro tanto: dedicas la noche á tus bordados, ya lo sabes; y cuando á la luz trabajas sin descanso en tus estambres, no creas que te pierdo de vista... nada de eso... fijos tus ojos sobre el bastidor, no echas de ver que te veo y te observo á mi placer. Así es como mas de cuatro veces he descubierto, sobre una flor ya bordada, y como sirviéndole de rocío, una de tus cristalinas lágrimas... no te admires de mis observaciones, que harto te dice tu corazon no ser exageradas, y deja con calma que acabe. Dan las ánimas, y como padre tiene la costumbre de levantarse en seguida y rezar por mi madre, todos hacemos otro tanto; nosotras nos acercamos á él para recibir su bendicion hasta el dia siguiente, y ¿sabes lo que he observado?... Pues bien; he observado que, al darnos la bendicion, siempre lloras, siempre; luego que te acuestas, y como dormimos en la misma alcoba, veo la intranquilidad de tu sueño, oigo tus sollozos, escucho tus suspiros, y tambien de

mi pecho se escapan, créelo, porque es cosa muy cruel el ver á una hermana triste y no poderla consolar.

—¡Pobrecilla! Mucho me afecta tu interés por mí; pero has andado muy exajerada en cuanto has dicho.

—¿Exajerada, dices? pues aun tendrás que oír mas. Pero es una crueldad, y si bien yo no exijo que llores, tengo por lo menos derecho á pedir que no me calles tus pesares.

—Permíteme, dijo María, que te haga una pregunta. ¿Tienes madre?

Quedósele mirando Luisa, como dudando si su hermana estaba, ó no, en su cabal juicio.

—Responde, repitió la otra; ¿tienes madre?

—¡Buena pregunta, por Dios!

—Responde, y no temas á interpretar nada: ¿tienes madre?

—No, por cierto, y tú lo sabes lo mismo que yo.

—¿Y padre?

—Muchacha, tú por fuerza, ó estás loca, ó tonta; ¿á que vienen tales preguntas, y con esa cara tan séria?

Y séria estaba, en efecto, la pobre María; pues sus preguntas eran algo mas filosóficas de lo que á Luisa le parecia.

—Ni loca, ni tonta estoy, á Dios gracias, dijo María: ¿y padre?

—Sí, que le tengo, aunque hoy me desdeña no poco.

—Pues bien, querida Luisa. El amor de madre, y el primer amor, son hermanos, porque nacen en la cuna y mueren en la tumba. Por el sentimiento que espermentas cuando te acuerdas de tu madre, y eso que la existencia de D. Diego, mitiga en tu corazon una buena parte de tu dolor, calcula cuál podrá ser el estado de mi espíritu cuando llevo mi pensamiento á la memoria de unos padres que no conocí; y que á pesar de eso los amo, los idolatro; porque una hija de buenos sentimientos jamás debe suponer un crimen á sus padres por haberla abandonado; ¿sé yo, por ventura, las razones que tuvieron para obrar así? ¿Conozco yo, acaso, cuál pudiera ser su situacion, ni el compromiso que mi presencia pudiera ocasionar? Si Dios un día, en su suprema inteligencia, quiere rasgar el velo de mi

ignorancia sobre este punto, le suplico encarecidamente que si la conducta de mi madre ha de ser digna de vituperio, me deje permanecer en la ignorancia, me mantenga en la duda; porque si con justicia debiera yo arrojar el crimen de la ignominia sobre la frente de la que me dió el ser, perderia mi mayor ilusion, y al salir esa verdad del caos de la oscuridad y de la ignorancia, apareceria á mi mente como la constante causa de mi desgracia.

—Sin embargo, dijo Luisa, y sin que esto sea rebajar á tus ojos la memoria de tu madre, nunca es buena la mujer que abandona á su hijo.

—Es que has de tener presente que no fuí abandonada: todo lo sé por Casilda; fuí presentada en su casa envuelta en finos pañales, y pagando alguien por mí un año de lactancia. Despues no volvieron á verme, ni renovaron la paga del primer año; pero ¿sabemos acaso los motivos que para esto habria? La accion de llevarme á casa de Casilda, no puede ser tachada de abandono, pues hay muchas mujeres casadas que hacen otro tanto; desprendiéndose de sus hijos, apenas los dan á luz, mandándolos á un pueblo, donde los ven de tarde en tarde, y en cuanto al no haber vuelto con dinero, tampoco puede ser tachado de crimen, pues no es de creer que personas ricas, al parecer, como lo decian mis pañales de Holanda, me abandonasen por falta de recursos ó de humanidad. No: eso no es posible, y lo mas probable es que mis padres, si bien hubieron en mí la prueba irrecusable de su pecado, este hubo de ser purgado grandemente con alguna desgracia inesperada. ¿Quién es capaz de penetrar en los arcanos del Omnipotente? ¿Quién podrá sondear en sus inescrutables designios? ¿Quién osará romper el velo que ha dejado caer sobre las cosas?

—Dispénsame, querida María, si he dado lugar con mis observaciones á que tu imaginacion se acalore: te confieso que no fué esa mi intencion.

—Por nada tienes que pedirme disculpa, y jamás podrás figurarte la satisfaccion que me has dado, haciéndome comprender que de hoy mas no tengo á mi lado una niña traviesa y enreda-

dora, sino una mujer hecha, reflexiva é instruida; una mujer de un talento claro y despejado, capaz de moralizar al resto de las mujeres; y veo, con gusto, que has seguido, con no poco fruto, el consejo que te dí de entregarte á la lectura de los buenos libros, toda vez que tenemos á nuestra disposicion la librería de tu padre. Pero dices bien, pues si prestada leche me dieron mis padres adoptivos, prestado fué tambien su amor, y sabidos son los quilates que resultan del amor prestado. Injusta fuera por demás si desconociera los favores que he recibido de mis padres adoptivos, pues siempre me trataron cual hubieran podido hacerlo con su hija; y si he pasado privaciones á su lado, ha sido porque sus medios no les permitian mayores comodidades. Todo esto, unido á la ignorancia que tengo de mi nacimiento, y lo aislada que me veo en el mundo, nada tiene de particular que engendre en mí dosis de tristeza difícil de deshechar.

—Pues qué quieres, dijo su hermana; á pesar de todas esas razones no veo por qué hayas de considerarte, ni tan desgraciada ni tan huérfana en el mundo, que al cabo y al fin en esta casa hallaste amparo, amor y proteccion: ¿no te considera mi padre lo mismo que á mí? ¿No te doy yo, con todo mi corazon, el título de hermana? Y claro está que, hallando amor en la tierra, no hay criatura que pueda llamarse desdichada sin ofender á Dios.

—Y ¿quién te ha dicho que yo pueda ser ingrata á los favores que un dia y otro dia recibo?

—Tus palabras mismas; pues si bien ellas no lo digeron, lo dan á entender.

—Pues no es así, y para que mejor lo comprendas, te diré que en el mundo hay muchos modos de querer [muy distintos unos de otros, por ejemplo: palabras pronuncia un padre, que en un hijo no hacen mella, pero dirigidas á un huérfano, puede darlas diferente interpretacion. A cada paso vemos que la voz de un padre desvanece la mas reconcentrada pesadumbre, mientras que la voz de un protector podrá convencer, pero nunca dominar.

—Tus razones, querida hermana, me obligan á hacerte una

pregunta. Dime, ¿en qué consiste que mostrándote indiferente á los halagos de quien te ha amparado, protegido y educado, dés lugar á que la memoria de un extraño á quien nada debes, y de quien ningun beneficio has recibido, te haga una herida tan profunda?

—No comprendo lo que me quieres decir, Luisa.

—Calla; ¿es decir que yo tendré que ser tu maestra? Fuera excusas y embelesos, y confíesame de una vez que estás enamorada. ¿A qué tantos rodeos? Entre nosotras debe haber franqueza, y así como hasta aquí nuestros juegos han sido iguales, séanlo tambien nuestros afectos, y participemos ambas de nuestros secretillos: mira, María, en cuanto tenga amores, y quiera Dios que no tarden, te prometo contártelo todo; con que así basta de recelos y de tapujos... ¡Qué veo! ¿Aun titubeas?... pues bien, si tú no te atreves á confesar, yo te ayudaré, cantando bien clarito la realidad; y eso que contado por tí seria mucho mas poético, mucho mas sentimental; mientras que yo, mas por vanidad, de que no me creas tonta; mas por celos, que por envidia; mas por el deseo de distraerme, que por el de mortificarte, voy á decirte en dos palabras todo el secreto de tu tristeza, todo el arcano de tu desviamiento: mira, hay un capitán en el mundo que te ha dado flechazo... ¡no lo niegues! en paseo, en la iglesia, en todas partes, en fin, pues si en este momento quisiera hallarle, no habria de andar mucho, siempre sigue tus pasos, y esta constancia y esta actividad puede tan solo ser comparada con la perseverancia y la fijeza de tus miradas, por mas que trates de disimularlo. Esto nada tiene de particular; pero lo que sí tiene, y mucho, es que á ese hombre, cuya sola presencia enciende tu rostro y altera todo tu ser, á ese hombre que conoces, puede decirse de ayer, le quieras ya mas que á mí.

—¡Luisa!

—Tu misma turbacion lo está diciendo.

—Pues bien, dijo María, mirando tiernamente á Luisa: veo que ha llegado el momento de ser franca, y solo espero antes de hacerte tan formal revelacion, que me des tu palabra de

guardarme el secreto. Solo tu pecho es digno de contener tan sagrado depósito. ¿Callarás?

—Como una muerta; y á mi vez cumpliré la palabra de contarte cuanto me pasa.

Esta promesa con todo el carácter de solemnidad, que entre hombres hubiera sido sellada con un apretón de manos, lo fué en esta ocasion con dos robustos y apretados besos que cada una de las contratantes imprimió en las megillas de su compañera.

—Escucha, dijo María: Una vez ví al capitan, sí, una sola, y te confieso que le amé. Mas sensibles los hombres á los placeres que á la voluptuosidad, siguen la impresion de sus sentidos: nosotras estamos destinadas á las delicias del alma. Su felicidad es limitada porque como su atencion y sus esperanzas se fijan sobre un objeto determinado, apenas le poseen queda su corazon satisfecho, y de la satisfaccion á la saciedad solo hay un paso; pero la felicidad que se promete una mujer delicada no tiene límites.

Sensible únicamente á la dicha de amar y ser amada, la union perfecta, el íntimo enlace de dos corazones apasionados es su único deseo: ocupada su imaginacion de la persona amada, cuya imágen lleva siempre grabada en su memoria, goza de todos los placeres del alma, goza de aquellas dulces inquietudes, de aquellos movimientos de ternura que colocan al corazon en la mas halagüeña situacion. Lejos de mí el pensar que los placeres de los sentidos sean los únicos ni los mas satisfactorios que dos corazones delicados puedan gozar, ¡cuánto mas preferibles los ofrece el amor! Solo á las almas privilegiadas toca conocer su valor. El amante que yo concibo, lleno de entusiasmo por verse correspondido del objeto de su adoracion, persuadido de que ningun otro pudiera igualar su felicidad, se entrega á las mas deliciosas expansiones: su corazon se abre á la alegría, á la confianza, y parece confundirse en la persona amada: el placer de hablarla, de comunicarla cuanto su alma experimenta, las inquietudes que afecta, y que es el primero á condenar, pero que las manifiesta para tener la gloria de des-

vanecerlas, hé aquí lo que causa su felicidad suprema. Todas esas agitaciones, querida Luisa, tienen sumergida el alma en un entusiasmo encantador: á tan dulces trasportes suele seguir la calma mas voluptuosa, y entonces el alma, agobiada de delicias y entregada esclusivamente á su dicha, mas atenta á su estado y mas capaz de conocerle, se complace en replegarse, en fijar sus miradas sobre sí misma, y allá en su soledad se deleita en repasar una por una todas las delicias que la tienen estasiada. ¡Y qué silencio tan elocuente! Los ojos lánguidos, la actitud embelesada, una sola mirada, un gesto, una seña, ¿dónde hay cosa mas seductora? ¿Dónde un lenguaje mas espresivo? ¿Dónde una correspondencia mas sublimada? ¿Y habrá quien se atreva á decir que todo esto no revela con caracteres de fuego los movimientos del alma?

Dos veces tan solo han visto el sol las flores de este huerto desde la vez primera que mis ojos se encontraron con los del capitán.

¿Recuerdas aquel día que unos aldeanos me trajeron medio ahogada y que dije haber resbalado en la yerba y caído al río? Pues escucha y sabrás lo que fué; dispon tu imaginacion, apresta tu oído, y verás de qué manera creció el amor en este inocente corazón.

El capitán, despues de haberme escrito varias cartas á cual mas afectuosas, me pidió una cita fuera del pueblo, en el sitio llamado los Alamillos, mas allá del río, y escudada yo con mi honradez y la del capitán, no temí en concedérsela; pero la noche se habia desplomado lóbrega y densa; el cielo y la tierra parecian tocarse: aquel se mostraba negro y opaco, y esta parecia despojada de sus verdes adornos. La luna dormia, y dobles cortinas de agrúpadas nubes la guardaban el sueño: solo á impulsos del viento agitador es como de vez en cuando asomaba su soñolienta frente y lanzaba una mirada melancólica á los mortales, para dormirse despues otra vez entre su movible colgadura. Veíase á su cortado resplandor un empinado lugarcito sosteniendo su encumbrada torre, que horadaba las nubes con su delgada aguja, y un tapete de esmeraldas que separaba el